

ráis?... Ya conoceis nuestra franqueza; á mi edad no cambia uno de opinión, cuando jamás ha cambiado... Predicamos el patriotismo, educamos el alma; el doctor ejerce su profesión; mi mujer es la enfermera de los enfermos del cantón. Vos y yo nos dedicaremos á los negocios, etcétera, etc.»

El trabajo á que se dedicaba Roland era el catequizar á los aldeanos de la comarca, predicándoles el nuevo Evangelio. Andarín infatigable, á pesar de su edad, con el bastón en la mano, iba á veces hasta Lyon con su amigo Lanthenas, arrojando la buena simiente de la libertad á lo largo del camino. Creía que había encontrado en Bancal un auxiliar útil, un nuevo misionero, cuya palabra dulce y persuasiva obraría milagros. Acostumbrado á la asiduidad desinteresada de Lanthenas respecto á madama Roland, no imaginaba siquiera que Bancal, de más edad, más formal, pudiera llevar á su casa más que paz, no viendo en su mujer—había olvidado un poco que era mujer—más que la compañera invariable en sus trabajos. Trabajadora, sobria, fresca y pura, con la tez transparente, la mirada límpida y clara, era madama Roland la más tranquilizadora imagen de la virtud. Tenía la gracia de la mujer, pero su espíritu varonil, su corazón estoico, eran de hombre. Sus amigos á su lado parecían mujeres; Bancal, Lanthenas, Champagneux tienen facciones femeniles. Y el más afeminado de todos, el más débil es el que parece más firme; el austero Roland, sin fuerza á causa de una profunda pasión senil, entre la vida y la muerte, que se manifestará en su última hora.

La situación era, sino peligrosa, llena de combates y de tormentas. Era Volmar llamado á Saint-Preux al lado de Julia; la barca en peligro en los escollos de Meillerie. No naufragaron, pero hubiera valido más no embarcarse.

Esto es lo que madama Roland escribió á Bancal en una carta reboando virtud, pero al mismo tiempo muy inocente y demasiado apasionada. Esta carta, admirablemente imprudente, ha quedado como monumento inapreciable de la pureza de madama Roland, de su inexperiencia, de la virginidad de corazón que conservó siempre... Hay que leerla de rodillas.

Nada me ha sorprendido tanto... ¿Cómo aquel héroe fué verdaderamente una mujer? He aquí el momento (el único) en que aquel gran valor vaciló. Se entreabre la coraza del guerrero y se ve que es una mujer, con el seno herido de Clorinda.

Bancal había escrito á los Roland una carta afectuosa, cariñosa, en la que decía hablando de aquella proyectada unión: «Será el encanto de nuestra existencia y no seremos inútiles á nuestros semejantes.» Roland, que estaba entonces en Lyon, envió esta carta á su mujer, que se hallaba sola en el campo; el verano había sido muy seco, el calor era excesivo, aunque estaban en Octubre. Zumbaba el trueno y durante varios días no cesó de llover. Tormenta en el cielo y en la tierra, tormenta

de la pasión, de la Revolución... Sin duda iban á sobrevenir grandes disturbios, un cúmulo de acontecimientos desconocidos que debían trastornar los corazones y los destinos; en esos momentos de ansiedad, el hombre cree fácilmente que es por él por quien truena.

Madama Roland, apenas leyó la carta, rompió en lágrimas. Se sentó ante su mesa, y sin saber lo que escribía, escribió su turbación, no ocultó que lloraba. Era más que una confesión. Pero al mismo tiempo, aquella excelente y valerosa mujer, destrozando su esperanza, se violentaba para escribir: «No, no estoy segura de vuestra felicidad, y no me perdonaría nunca haberla turbado. Creo que os hacéis ilusiones y alimentais una esperanza que debo rechazar.» Lo que sigue es una mezcla conmovedora de virtud, de pasión, de inconsecuencia, de tiempo en tiempo un acento melancólico y no sé que sombría previsión del destino. «¿Cuándo nos volveremos á ver?... Pregunta que me hago con frecuencia y que no me atrevo á contestar... ¿Mas para qué tratar de penetrar el porvenir que la naturaleza ha querido ocultarnos? Dejémosle bajo el imponente velo conque ella lo encubre, puesto que no nos es dado penetrarlo; no tenemos sobre él más que una especie de influencia, si bien grande; preparar la dicha del porvenir por medio de un prudente empleo del presente...»—Y más adelante: «No han pasado veinticuatro horas en esta semana sin que el trueno se haya dejado de sentir. Ahora mismo acaba de retumbar. Me gusta mucho; el tinte que da á nuestros campos es augusto y sombrío, pero aunque fuese más terrible, no por eso me inspiraría espanto...»

Bancal era prudente y honesto. Muy triste, y en pleno invierno, pasó á Inglaterra y permaneció allí mucho tiempo. ¿Me atreveré á decirlo? Más tiempo quizás del que madama Roland hubiera querido. Tal es la inconsecuencia del corazón, aun del más virtuoso. Leídas atentamente ofrecen sus cartas una extraña fluctuación; ya se aleja, ya se aproxima; hay momentos en que desconfía de sí misma; en otros recobra su tranquilidad.

¿Quién dirá que en Febrero, al salir hacia París, donde los negocios de la ciudad de Lyon llamaban á Roland, no sienta ella cierta secreta alegría de volverse á encontrar en el gran centro donde Bancal va á tener necesariamente que volver? Pero justamente es en París donde sus ideas toman una dirección contraria. Su pasión se transforma y se convierte por completo en favor de los negocios públicos. Fenómeno bien interesante y digno de ser observado. Tras la grande emoción de la federación lionesa, aquel conmovedor espectáculo de la unión de todo un pueblo, se había sentido débil y tierna al sentimiento individual. Y ahora este sentimiento, ante el espectáculo de París, se vuelve completamente general, cívico y patriótico; madama Roland vuelve á ser la que era y no ama más que á la Francia.

Si se tratase de otra mujer, yo diría que fué salvada de sí misma por la Revolución, por la república, por el combate y la muerte. Su

austera unión con Roland fué confirmada por su común participación con los acontecimientos de la época. Aquel matrimonio de trabajo se convirtió en un matrimonio de luchas comunes, de sacrificios, de esfuerzos heroicos. Así preservada, llegó pura y victoriosa al cadalso, á la gloria.

Llegó á París en Febrero del 91, víspera del grave momento en que se debía agitar la cuestión de la república; aportaba dos fuerzas: la virtud juntamente con la pasión. Reservada hasta entonces en su desierto para los grandes acontecimientos, llegaba en su juventud de espíritu, su frescura de ideas, de sentimientos y de impresiones, á rejuvenecer á los políticos más fatigados. Ellos estaban ya muy rendidos; ella, ella nacía aquel día.

Otra fuerza misteriosa. Esta persona tan pura, tan admirablemente guardada por la suerte, llegaba sin embargo el día, día en que la mujer es muy terrible, el día en que no bastará el deber, el día en que el corazón largo tiempo contenido se desbordará. Llegaba invencible, con una fuerza de impulsión desconocida. Ningún escrúpulo podía retardarla; la felicidad quería, que, vencido ó eludido el sentimiento personal, el alma se volviese toda entera hacia un objetivo grande, virtuoso, noble, glorioso y no sintiendo más que el honor se lanzase á toda vela sobre aquel nuevo océano de la Revolución y de la patria.

He aquí porque ella en aquel momento fué irresistible. Poco más ó menos como Rousseau, cuando después de su desgraciada pasión por madama d'Houdetot, caído sobre sí mismo y vuelto en sí, se encontró con un hogar inmenso, aquella inextinguible llama en que se abrasó todo el siglo; el nuestro, á cien años de distancia, todavía siente su calor.

Nada más severo que la primera ojeada de madama Roland sobre París. La Asamblea le causaba horror, sus amigos le dan lástima, sentada en las tribunas de la Asamblea ó de los Jacobinos, atraviesa con mirada penetrante todos los caracteres; ve al desnudo las falsedades, las cobardías, las bajezas, la comedia de los constitucionales, las tergiversaciones, la indecisión de los amigos de la libertad. No excluye de este juicio ni á Brissot, á quien quiere, pero al que encuentra tímido y ligero, ni á Condorcet en quien ve doblez, ni á Fouchet «en el cual ve bien claro que se esconde un cura.» Apenas perdona á Petion y Robespierre; las lentitudes, las contemplaciones de éstos, no se compadecen con la impaciencia que á ella la devora. Joven, ardiente, fuerte, severa, á todos pide cuentas, no quiere oír hablar de dilaciones ni de obstáculos; á todos les exige que sean hombres y que obren.

Ante el triste espectáculo de la libertad entrevista, esperada, y ya, según ella perdida, querría volverse á Lyon. «Derrama lágrimas de sangre y exclama (el 5 de Mayo)... necesitaremos una nueva insurrección ó estamos perdidos para la libertad y para la dicha; pero dudo que haya en el pueblo suficiente vigor... La misma guerra civil, por horri-

ble que sea, adelantaría la regeneración de nuestro carácter y de nuestras costumbres...—Hay que estar dispuesto á todo, incluso á morir sin pena.»

La generación de que madama Roland desespera tan fácilmente tenía cualidades admirables, la fe en el progreso, el sincero deseo de la felicidad de los hombres, el ardiente amor del bien público; aquella generación ha asombrado á todos por la grandeza de sus sacrificios.

Sin embargo, hay que decirlo: en aquella época en que la situación todavía no mandaba con una fuerza imperiosa, esos caracteres formados bajo el antiguo regimen, no se manifestaban bajo su aspecto varonil y severo.

Faltaba el valor del espíritu.

Nadie tuvo entonces la iniciativa del genio; y no exceptúo ni aún á Mirabeau, á pesar de su gigantesco talento.

Los hombres de entonces, hay que decirlo también, habían ya escrito, hablado y combatido en demasía. ¡Qué de trabajos, de discusiones, de acontecimientos amontonados! ¡Qué de reformas rápidas, qué renovación del mundo!... La vida de los hombres importantes de la Asamblea y de la prensa había sido tan laboriosa, que hoy nos parece un problema; dos sesiones de la Asamblea sin más descanso que las sesiones de los Jacobinos y demás clubs, hasta las once ó las doce de la noche; luego la preparación de los discursos para el siguiente día; los artículos, los negocios y las intrigas, las sesiones de los comités, los conciliábulos políticos... El arranque inmenso del primer momento ó la esperanza infinita, los habían puesto en condiciones de soportarlo todo; pero al cabo, como el esfuerzo se prolongaba y el trabajo no tenía límites ni fin, las fuerzas habían decaído algo. Aquella generación ya no conservaba enteros ni el espíritu ni la fuerza. Por sinceras que fuesen sus convicciones, le faltaba la juventud, la lozanía del espíritu, el primer impulso de la fe.

El 22 de Junio, en medio de la vacilación universal de los políticos, madama Roland no vaciló. Escribió é hizo escribir á provincias para que, enfrente de la débil é incolora solicitud, pidiesen las Asambleas primarias una Convocatoria general «para deliberar por sí ó por no, si conviene conservar en el gobierno la forma monárquica.» Demuestra muy bien el 24 «que es imposible toda régencia, que hay que suspender á Luis XVI, etc.»

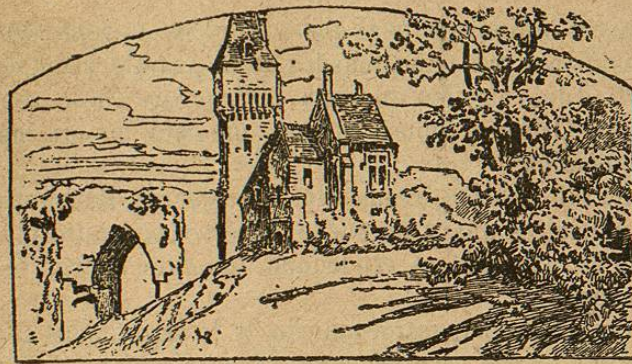
Todos, ó casi todos, se hacían atrás, vacilaban, fluctuaban todavía.

Pesaban las razones de interés, de oportunidad; ninguno quería ser el primero; se contaban: «No éramos doce republicanos el 89»—dice Camilo Desmoulins. En el 91, ya se habían considerablemente multiplicado, gracias al viaje de Varennes, y era inmenso el número de los que eran republicanos sin saberlo; era preciso revelárselo á ellos mismos.

Los únicos que veían claro el asunto eran los que no reflexionaban sobre él.

A la cabeza de esta vanguardia, marchaba madama Roland.

Ella arrojó en la balanza la espada de oro: su valor y la idea del derecho.



CAPITULO XV

El rey interrogado — Primeros actos republicanos (26 de Junio, 14 de Julio del 91.)

El rey y la reina oídos en sus declaraciones 26 27 de Junio.—Reto de Bouillé, 29 de Junio.—Cartel republicano de Payne y otros amigos de Condorcet, 1.º de Julio.—Tentativas de los orleanistas —Disposiciones adoptadas por la Asamblea —Los Jacobinos —Petición contra el rey, 8 de Julio —Brisot contra el rey, 13 de Julio —Los comités de la Asamblea á favor del rey, 13 de Julio.—Movimiento de los Cordeleros y Sociedades fraternales.—Astucia de los directores de la Asamblea, 14 de Julio.—Agitación creciente durante la semana, del 10 al 17. Triunfo de Voltaire, fiestas, etc.

Ahora que conocemos á los actores y las influencias privadas y públicas, prosigamos la narración de los sucesos.

No es difícil seguir en aquellos días de tormenta los movimientos de la opinión, las pulsaciones más ó menos vivas del espíritu público, los latidos del corazón de la Francia.

En el primer momento, el 21 de Junio, domina la indignación, pero se respira: «¡Ya se fué el gran estorbo!»

En el segundo, el 25 por la noche, vuelve cautivo, humillado, caído desde el trono, súbdito del último de los súbditos. Gran silencio de cólera y de reproche, silencio también de piedad, que se apodera de los corazones contra su voluntad.

Pero en contra de la misma piedad, en el tercer momento, reacciona la desconfianza y la cólera, cuando los zorros de la Asamblea intentan escamotear el crimen y el culpable (de suerte que resultara un rey limpio de toda mancha), cuando intentan borrar la historia, tachar Varennes, tratando de conseguir por medio de una sutileza imposible el milagro imposible para el mismo Dios, de hacer que lo que ha sido no haya sido.

Examinemos sus maniobras.

El 26 proponen los comités de constitución y legislación criminal, valiéndose de Duport: «Que los que acompañaban al rey sean *interroga-*